

—¡Pueda vuestro regreso volver la paz á Sarai! continuó el viejo: ocho dias hace que no sabe sino llorar, y sus ojos se convierten en dos arroyos de lágrimas.

—¿Y sin duda conoceréis la causa de tan profundo pesar? dijo en amargo tono el jóven hebreo.—¡Ah! la causa, dice Eliezer, sentándose sobre una tarima junto á Sarai, la causa de esta pena es y será la alegría de muchos. Ella produce la mia, sí, la de mi alegría; yo, que estaba sobrecojido en los terrores de una muerte inevitablemente próxima, y que flotaba en un océano de dudas y de oscuridad.....

El jóven hebreo escuchaba, y la sorpresa le dejó sin palabra.

Saphan, vos sois jóven todavía, y el orgullo de la vida y la fuerza de un largo porvenir que se despliega á vuestros ojos como un horizonte lejano, harán tal vez que no presteis mucha atención á las cosas que voy á deciros. Pero no importa, escuchad.

Y el anciano bajó la cabeza, y como si recojiese todas sus fuerzas por algunos instantes, continuo así:

—Un hombre ha parecido entre nosotros, y su boca enseñaba la sabiduría. La gracia divina y la fuerza fluían de sus labios, como cae el rocío por la mañana sobre la tierra; y ha derramado la luz sobre cuantos le han escuchado con recto y sincero corazón. Á Sarai debemos su venida. ¡Bendita sea ella para siempre! añadió, arrojando sobre la bella Samaritana una mirada benévola y paternal.

Bien sabeis, continuó, que ella y yo hemos sufrido juntos muchos pesares, y yo la acusaba alguna vez de haberlos olvidado demasiado pronto en un nuevo amor..... Mas si he sufrido mucho por ella, por ella tambien me ha venido el consuelo. ¡Bendita sea! ¡Por ella, Saphan, se ha levantado de repente delante de mí la esperanza de una á otra vida en el sepulcro! Se han disipado ya mis terrores, y se han aclarado las tinieblas que me llenaban de horror. La vejez, hijo mio, no es ya para mí aquel mal débil y pesado que conduce á la muerte. Es el camino áspero y duro de la verdad; pero iluminado por un rayo del porvenir

que conduce hácia una vida imperecedera. ¡Oh hija mia! ¡bendita seas en el tiempo y para siempre!

Saphan estaba mirando á Eliezer que, perdido en sus pensamientos, parecía penetrado hácia Sarai de un inefable reconocimiento. El jóven hebreo no comprendia sus discursos. Y despues de un corto silencio, volvió á Seguir Eliezer:

Habrán pasado poco mas de ocho dias, porque era sobre el fin de la luna que acaba de renovarse, que mi hija habia salido de la ciudad á la sesta hora del dia, para ir, segun ella me contó despues, á sacar agua sobre la pendiente de la montaña, en la fuente de Jacob. Un hombre, cuyo nombre bendiga para siempre el universo, un hombre, digo, estaba sentado junto al márgen. Parecia fatigado, y descansaba á la sombra de las palmeras. En su modo de vestir fácil era reconocer su nacion..... Era un judío: su aire era sosegado y majestuoso, y con solo ver su noble serenidad, veian vivos deseos de postrarse á su presencia. Esto era á lo ménos lo que Sarai nos dijo haber sentido, y despues lo he experimentado yo mismo.

El anciano se interrumpió por un momento, pues parecia estar vivamente conmovido por sus recuerdos. Sarai, sentada entre Saphan y él, enjugó por dos veces sus ojos con la punta del velo con que ocultaba su semblante. Eliezer continuó:

Cuando mi hija se acercó á la fuente, el extranjero le pidió con un acento lleno de dulzura que le diese de beber. Sorprendida Sarai por la confianza que le manifestaba, pues ya sabeis qué odio divide nuestras dos naciones, respondió: “Señor, ¿cómo vos que sois judío, me pedís de beber á mí, que soy samaritana? Los judíos no tienen comercio con los samaritanos.”

Entónces él respondió, y esta respuesta conmovió hondamente el corazón de mi hija: “Si vos conociéreis el don de Dios, y si vos supiéreis el que os dice: dadme de beber, vos misma tal vez se lo hubiéreis pedido, y él os daría agua viva.”

—¿Qué quiere decir esto? interrumpió Saphan, ¿tenia, pues, este hombre, siendo viajero, un vaso bastante grande para sacar

agua en el pozo de Jacob? Es de una profundidad considerable, y es preciso saberlo abrir.

—Esto mismo es lo que le hice notar, dijo á su turno Sarai, y le respondí con sorpresa: “Señor, ¿i no teneis nada con que sacar agua, y el pozo es tan profundo, ¿de dónde hubiérais sacado agua viva? ¿Sois vos mas grande que nuestro padre Jacob que nos dió este pozo, de cuya agua bebió él mismo, y tambien sus hijos y sus rebaños?” Pero él me respondió:

“Cualquiera que beba esta agua, tendrá sed todavía; pero el que bebiere de la que yo le daré, sentirá su sed apagada, y el agua que yo le diere se convertirá para él en un manantial, que surjirá hasta en la vida eterna.”

Y Sarai quedó pensativa, como si esta voz y estas palabras resonasen todavía en sus oídos.

El anciano, bajando la voz y dirigiendo su palabra á Saphan que permanecía inmóvil con aquella relacion, dijo:

—Sarai se sentia turbada en su interior, y le dijo con una especie de movimiento involuntario:

“¡Señor, dadme de esta agua, á fin de que no tenga mas sed, ni haya de venir mas aquí para sacarla!”

Y añadió el viejo en acento aun mas bajo:

—Y el extranjero le dijo entónces: “Id, llamad á vuestro esposo, y volved aquí.”

Sarai, que parecia absorta en profundas reflexiones, seguia con atento oído cada una de las palabras de Eliezer, y exclamó derrepente:

—Sí, Saphan, el Señor me ha dicho que te llamase, y aun cuando debiese costarme la felicidad y el gozo de mi vida, yo te llamaré con todas las voces de mi corazón, hasta el dia en que me respondas: ¡Aquí me tienes!

Mas, siguió ella, ocultando su rostro entre sus manos, y sus lágrimas corriendo al través de sus hermosos dedos, me fué preciso decirle la verdad, y se la confié con vergüenza y rubor. “Yo no tengo esposo,” le dije, y él me replicó: “Con razon decís que no

teneis esposo: pues habeis tenido cinco, y éste no es vuestro esposo:” y la voz del que así me hablaba, continuó la jóven de Samaria cubierta de confusion, era una voz llena de una increpacion compasiva, y sus palabras conmovian hondamente toda mi alma. Y yo exclamé como perdida:

“Señor, yo veo bien que vos sois un profeta.” Y quedé como anonadada delante de él.

Entónces pronunció algunas palabras sublimes, cuyo sentido era en demasía encumbrado para mi débil inteligencia. Abismada estaba de estupor por las revelaciones que acababa de hacerme acerca de mi vida pasada, y sobre los lazos que nos unian, Saphan.

Sin embargo, me esforcé para recobrar mis sentidos á fin de no perder sus palabras, y aun le oí decir: “Dios es espíritu y vida, y es preciso que los que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad.”

Saphan miraba al anciano como para pedirle la explicacion de las elevadas doctrinas que él no comprendia; pero Eliezer parecia perderse abismado en sus pensamientos: sus ojos, levantados al cielo, indicaban de qué naturaleza eran sus reflexiones. Sarai continuó:

—Yo me atreví á decirle balbuceando: “Sé que presto debe venir el Cristo ó el Mesías. Cuando habrá venido, anunciará todas las cosas.” Pero, Saphan, él me respondió, y mi corazón se extremece al pensarlo, y mi boca osa apenas repetirlo: “Soy yo mismo, yo que te estoy hablando.”

Saphan y el anciano se miraron, sintieron como helarse la sangre de sus venas. Sarai continuó: A estas palabras huí como azorada y al mismo tiempo arrobada de alegría. Dejé allí mi cántaro y vine aquí corriendo y jadeando, y diciendo á cuantos encontraba por el camino: “Venid á ver un hombre que me ha dicho todo lo que he obrado. ¿Es el Cristo, el Mesías?”

—¿Y qué hicieron los que tú llamabas? dijo Saphan, ¿dieron crédito tan fácilmente á tus palabras?—Sarai no respondió: fué Eliezer y dijo:

—Un grande número de habitantes de Sichar, y yo con ellos, salimos presurosos de la ciudad, y fuimos á su encuentro. Decíamos al salir: ¡si nos habrá esperado? y nos dábamos mas prisa. Estaba todavía sobre la montaña, rodeado de sus discípulos.

Al verle, nos detuvimos á cierta distancia, sin atrévernos á pasar adelante.

El sol le bañaba con su luz; pero él pareció brillar con rayos interiores, mas relucientes que todos los resplandores del cielo: nuestros ojos quedaron deslumbrados de su presencia.

De lejos le oímos conversar con sus discípulos. Ellos le suplicaban que tomase el alimento que le habían traído. Pero él les respondía con imponente gravedad: “He de tomar otro alimento que vosotros no conocéis.” Y como sus discípulos dijese entre sí: “¿Algún quizá le habrá traído qué comer?” repuso él: “Mi alimento es hacer la voluntad de aquel que me ha enviado, y cumplir su obra.” Pero viendo su sorpresa, continuó: “No decís vosotros, ¿dentro de cuatro meses vendrá la siega? Ahora os digo yo: levántad y mirad los campos que blanquean ya y están para segarse. El que siegue recibirá su salario, y recojerá frutos para la vida eterna, para que tan contento quede el que siembra como el que recoje las mieses.”

—¿Qué quería decir con esto, exclamó Saphan, y de qué siega quería hablar? No comprendo yo estas figuras.

—En nuestras almas es en donde siembra sus palabras, y para el cielo es sin duda donde quiere recojer el fruto, respondió el viejo samaritano. ¿Qué no estuviérais vos allí, Saphan! Los que le han oído han creído en él, porque el poder y la persuacion fluían de sus lábios con abundancia.—¿Permaneció mucho tiempo en Sichar?—Dos días estuvo entre nosotros. Durante este tiempo, su palabra divina ha germinado en nuestras almas, y la mitad del pueblo cree en él. Y no por lo que nos ha dicho Sarai, sino que le hemos oído por nosotros mismos, y sabemos que es el Salvador del mundo.

—¡Saphan! el Señor me dijo que te llamase; ¡oh! no te hagas sordo á su voz!

—Su voz no ha llegado á mis oídos, respondió el jóven, y lo que me dicen un viejo crédulo y una mujer que fácilmente se agita, no puede conmoverme. Además, añadió, como procurando afirmarse en su incredulidad, ¿cómo de otra parte el Cristo prometido á los verdaderos hijos de Israel hubiera por tanto tiempo conversado con samaritanos, cuyo culto es para nosotros abominable?

Repuso Sarai:—Me olvidaba decirte aún, tanta es mi turbacion, que para salir de las dudas que tú has hecho nacer en mi espíritu respecto á nuestro culto y nuestra creencia, dije con timidez al Señor: “Nuestros padres, sobre esta montaña en que nos hallamos, han adorado, y los de vuestra nacion nos dicen que en Jerusalem es donde se debe adorar.”

—¿Y qué respondió él? dijo Saphan con mas interés ó curiosidad de la que habia hasta entonces manifestado.

—Me ha respondido: “Creeme, mujer, presto va á venir el tiempo en que vosotros no adorareis al Padre, ni en esta montaña, ni en Jerusalem: vosotros adorais lo que no conocéis; pero nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud viene de los judíos.”

—¿Esto dijo? murmuró Saphan, en cuyo pecho los extravíos de la juventud habian debilitado pero no del todo extinguido la fé de sus padres: él ha dicho la verdad, la salud del mundo debe salir de en medio del pueblo escogido de Dios.

—Tambien nos ha dicho, prosiguió Eliezer: “No creais que yo haya venido para abolir la ley y los profetas. No vine para abolirlos, sino para cumplirlos.”

—Y bien, ¿qué manda él, por último?—Manda dejarlo todo para seguirle: manda vivir segun los pensamientos elevados del espíritu, y no segun los deseos insensatos de la tierra. Manda la dulzura y el perdon de las ofensas, quiere el desasimiento de las riquezas, y dice: “Dad al que os pide, y no volvais el rostro al que quiere pedirlo prestado. No pidais vuestros bienes al que os los quite. Perdonad y sereis perdonados. En fin, lo que que-

rais hagan los hombres por vosotros, hacedlo tambien por ellos. Esta es la ley y de los profetas.”

—¡Oh ley de amor y de mansedumbre infinita! exclamó el anciano en un raptó de piadosa gratitud, ¡ojalá no tardes en reinar sobre el mundo y derramar donde quiera tus benignas influencias!

Saphan escuchaba con una gran sorpresa. Por momentos su espíritu parecia interesarse en estas cosas tan nuevas para él (pues los recientes rumores de la venida del Mesías no habian llegado aún á sus oídos), pero por momentos tambien meneaba la cabeza y se atrincheraba en su incredulidad.

Signió Eliezer diciendo:—Tambien nos dijo el Salvador: “Sabrás que se ha dicho: amarás á tu prójimo, aborrecerás á tu enemigo, yo, empero, os digo: amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen; bendecid á los que os maldicen; rogad por los que os persiguen, y por aquellos que os calumnian.”

Saphan hizo un ademán de conmocion profunda. Eliezer reparó su movimiento, y continuó:—El Salvador añadía con una mansedumbre que se comunicaba al alma, llevando á ella su dulzura y su paz: “¿Vuestro Padre celestial no hace levantar el sol para los buenos y para los malos, y no hace caer su lluvia sobre los justos y sobre los pecadores?”

Y exclamó Sarai con un acento penetrante:—¿No acaba de caer su palabra divina sobre una pecadora indigna de oirla? ¡Oh tú, Saphan! tú nacido en Jerusalem, hijo de la promesa, ¿no te dejarás llevar por el llamamiento del Mesías, cuando nosotros, malditos por tu pueblo, rechazados por la ley, nos hemos levantado de nuestra abyeccion para seguirle?”

Mas Saphan permanecía inquieto é indeciso. Y de repente, para hacer vacilar las resoluciones de la jóven Samaritana, dijo:—Sarai, el dia en que resuelva yo someterme á esa nueva ley de que acabas de hablarme, ó aun tan solo á seguir la ley severa de mis progenitores, es menester que renuncie á tu amor, que vuelva á mi padre, y que le diga: Dame ahora la esposa que me habias prometido.

—Ya lo sé, dijo Sarai y las lágrimas cubrieron su semblante; harto sé ¡ay! que habrán de romperse nuestros lazos..... Pero á tí á lo ménos, tu padre, tu madre, tu familia, te acojerán con gozo..... Tú hallarás tal vez la felicidad en una union pura y santa, añadió redoblando sus lágrimas y sollozos..... Los males no serian sino para mí, que quedaré sola y desolada. Pero yo confio que no me faltará valor, y como el Señor vé mi miseria, tendrá piedad de su pobre sierva, y acortará la duracion de sus penas en gracia de su sumision.

—No, Sarai, exclamó Saphan, vuelto á toda su ternura hácia aquella mujer á quien habia amado mucho, y cuyas lágrimas atestiguaban el amor que ella le tenia, no, no, creeme, deja á otro lado estos pensamientos demasiado elevados para tu espíritu y severos en demasía para mi juventud. Enjuga tus lágrimas: ¡olvédmoslo todo, y el tiempo que huye, y los que pueden vituperarnos, y nosotros mismos! La vida es corta, y es preciso emplearla segun nuestro corazon y nuestros deseos. Adios por hoy, haz que mañana tu rostro resplandezca como la nueva aurora, y el júbilo renacerá en nuestros corazones, como renace cada mañana sobre toda la superficie de la tierra.

Y habiéndose levantado Saphan, se alejó para romper con una conversacion que le heria en el fondo del alma, y dejaba su corazon descontento á despecho de sí mismo, porque la verdad jamás se muestra del todo en vano, y su vista perturba á lo ménos á los que no ilustra enteramente.

Eliezer, al verle partir, le siguió con la vista, y dijo á Sarai:—¡Valor, hija mia! la dicha, si es que la haya en la tierra, consiste en el cumplimiento de los deberes mas que en el cumplimiento de los deseos.

¿Pero la vejez se habrá olvidado tanto de lo pasado, que ya ni aun sepa lo que la juventud llama felicidad, cuando ella puede tambien muchas veces engañarse en este punto? El deber es inflexible como él mismo; es de hierro, y rompe y desgarrá el corazon como la muerte. Fuerza es aprender á cumplirlo en todo su

rigor, pero sin esperar que se nos convierta en un placer. Así lo sentía Sarai y lloraba abundantemente. Delante de Saphan había contenido su dolor, pero ahora la joven mujer se deshacía en sollozos.

—¡Roguemós! exclamó, Dios dá indudablemente á su criatura las fuerzas necesarias para el cumplimiento de los sacrificios que le impone. Pidámosle sus gracias que dan la fuerza: por mí sola, hártó lo conozco, no puedo hacer mas que gemir.

¡Cuánta es la incertitud de los deseos humanos, y cuán poco sabe el hombre lo mismo que quiere!

Cerremos los ojos á la luz, dice el impío; y con todo, abre sus ojos, y la luz los inunda. Regocijémonos, ha dicho el insensato en su corazón: y mientras se esfuerza en hartarse de gozo, su alma cae de repente sumerjida en una tristeza inmensa..... Sí, las hondas inconstantes del mar, las nubes que corren atravesando el cielo, ó el follage sacudido por la tempestad, son ménos fluctuantes aún que el corazón del hombre. Así lo experimentaba Saphan.

El joven hebreo habia regresado á Sichar descontento, vuelto el pensamiento, sin él advertirlo, hácia lo que habia dejado, pronto á desdeñar la mujer por la cual habia abandonado su país y todos los suyos, dispuesto á acusarla por la menor sospecha, para excusarse tal vez á sí mismo sus recuerdos.

Pero su vista, su belleza, su dolor, el deseo que habia manifestado de romper los lazos frágiles que les unian, todo habia reanimado su amor. Él la amaba ahora perdidamente; y despues, cuando él abandonaba su alma á este amor, la doctrina severa, pero tan sublime y elevada de aquel á quien llamaban el Mesías, los remordimientos de la misma á quien amaba, los remordimientos asaz poderosos para combatir su ternura, las palabras de Eliezer, aquella voz secreta que habla en el fondo del corazón, y que siempre protesta dentro de nosotros contra las pasiones desarregladas, todo se mancomunaba para introducir la turbación en su espíritu, y su alma flotaba en un océano de dudas y de incertidumbres.

¡Oh Dios mío! en solo vos se encuentra el reposo!

Dos dias han trascurrido, durante los cuales Saphan y Sarai no se han hablado, ni se han vuelto á ver. Saphan anda errante por el campo: tan presto busca á Sarai en los lugares donde muchas veces poco hace la encontraba, en las llanuras ó debajo las palmeras de la fuente de Jacob; tan presto se hunde en la sombra de la montaña, al través de ásperos senderos, conversando consigo mismo acerca las palabras que ha recojido de la boca del anciano y de su hija; pero despues, cansado muy pronto del esfuerzo de su espíritu confuso, busca de nuevo á aquella, por cuyo amor dejaria aun otra vez lo que ha dejado ya, y que parece huir obstinadamente de él.

Sarai, empero, ha pasado la noche en las lágrimas y en la plegaria, pidiendo á aquel de quien viene todo don perfecto, que la illustre y haga descender en ella su fuerza y su socorro.

Despues de haber derramado todos sus llantos, despues de haber depuesto sus humildes súplicas á los piés del Eterno, levántase la joven de mañana, llama á un criado fiel, le hace tomar sandalias, un nudoso palo, le habla largo rato en secreto, y le hace partir ántes de la aurora, diciénlele:—Id Micas, informaos con exactitud, y venid á decirme en qué lugar podremos encontrarle.

Y luego de haber partido el mensajero, se hinca de rodillas y ruega aún largo rato. Y al levantarse, lava su cara para borrar las trazas de su llanto, y sale al encuentro del joven hebreo.

—Saphan, Dios nos separa, le dice con una voz que prueba emitir con entereza y tiembla á pesar de sus esfuerzos, mi vida ha sido siempre desgraciada. Cinco hermanos quisieron uno tras otro enlazar su suerte con la mia, siguiendo la costumbre de enlazarse el hermano con la viuda de su hermano para darle sucesores. Todos cinco perecieron de una muerte imprevista y violenta, el uno por el fuego del cielo, el otro en medio de las aguas, otro en la última guerra..... Un hijo, dulce esperanza de mi vida, que Fanuel, el último de mis esposos, me habia dejado, murió tambien en mis brazos..... Y ¿quién lo creyera? tantos dolores no han aún fatiga-